EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

ENCICLOPEDIA.

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA, ARREGLADA DEL FRANCÉS

POR

D. CALISTO NAVARRO.

Estrenada con aplauso en Madrid, en el Teatro de Variedades, la noche del 6 de Abril de 1877.

MADRID.

ALONSO GULLÒN, EDITOR.

Pez, 40, segundo.

1877.



ENCICLOPEDIA.

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA, ARREGLADA DEL FRANCÉS

POR

D. CALISTO NAVARRO.

Estrenada con aplauso en Madrid, en el Teatro de Variedades, la noche del 6 de Abril de 1877.

MADRID, 1877.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
de los Señores J. C. Conde y Compañía,
Caños, 1.

PERSONAJES.	ACTORES.
CLARA....................	Sra. D.ª Mercedes Carcía.
AMELIA...................	Sta. D.ª Isabel Luna.
LUIS.....................	Sr. D. José Vallés.
AGUSTIN..................	» Salvador Lastra.
DON BLAS.................	» José Banovio.
DON ANDRÉS...............	» Federico Chaves.

La accion en un pueblo de la provincia de Guadalajara.

A SU BUEN AMIGO

EL APLAUDIDO PRIMER ACTOR

DON JOSÉ VALLÉS,

Recuerdo afectuoso de

El Autor.

ACTO ÚNICO.

Sala baja en una casa de pueblo: puertas al foro y laterales: chimenea: mesa con libros: piano, butaca, etc., etc.

ESCENA PRIMERA.

AMELIA bordando; CLARA devanando una madeja que tiene AGUSTIN; en seguida D. ANDRÉS.

CLARA. ¡Suba Vd. esos brazos!

AGUSTIN. Ay Clada, Clada, ¿pod qué no baja zus ojoz? ¿Acazo he podido incudid en zu dezagado?

CLARA. No, señor, nada de eso; pero ocupada con la madeja...

AGUSTIN. Al pad del algodon me devana uzted los zezoz.

AMELIA. ¡Qué vulgar!

D. ANDRÉS. (Saliendo) Vamos, niñas, yo me voy á Guadalajara; una comunicacion urgente reclama allí mi presencia.

CLARA. Vaya Vd. con Dios, tio.

D. ANDRÉS. ¿Viene Vd., Agustin?

ACUSTIN. Mi debed me tiene aquí pizionedo.

CLARA. Por mi parte, puede Vd. marcharse.

AGUSTIN. ¡Ingata! ¿Pod qué tatadme con eze digod cuan-

do muy en beve hemoz de zed madido y mujed?

D. Andrés. En eso caso, dejo á Vd. en completa libertad, y voy á cumplir con mi obligacion.

Agustin. Vaya uzted con Dioz, D. Andéz.

D. Andrés. Hasta luego, sobrinas.

Amelia. ¿Vendrá Vd. á comer?

D. Andrés Creo que sí, á no ser muy grave el caso; pero de todos modos, mi caballo es una centella; y no teniendo que andar mas qué dos leguas... Hasta la vista. (Vase.)

Amelia. ¡Adios, tio!

ESCENA II.

Dichos, menos D. Andrés, y despues D. Blas en traje de caza.

Clara. Ya puede Vd. abandonar esa posicion.

Agustin. Que feliz debió sed mi pimo, pudiéndoze llamad dueño de tantoz hechizoz.

Clara. El pobre murió á los cinco meses de matrimonio.

Agustin. Hizo bien: de eza maneda dejo embollado zu teztamento, dando lugad á que nozotos, pada evitad un litigio, tatemoz de haced una maza comun de zu fodtuna.

Clara. El derecho, por mi parte, está, sin embargo, bien claro.

Agustin. No tanto, Cladita, no tanto; habiendo muedto zin hijoz, y ciendo yo zu único padiente... habdía zuz maz y zuz menoz.

ESCENA III.

Dichos, y D. Blas, que en traje de caza, y con la escopeta en una mano, entra, trayendo una carta en la otra y un rollo de papel debajo del brazo.

D. Blas. ¡Aquí estoy otra vez!

AMELIA. ¿Cómo es eso?

D. BLAS. Al salir me encontré al cartero, que me entregó esta carta y este envoltorio.

CLARA. ¡Figurines, sin duda!

AMELIA. ¡O música! (Las dos corren á él.)

D. BLAS. Vamos á verlo... No, no; primero la carta. (Abre la carta y figura leerla.)

AMELIA. ¿Quién podrá escribirnos?

CLARA. ¡Nuestra tia, la de Madrid!

AMELIA. ¡O nuestra prima, la de Alcalá!

D. BLAS. Pues ni la una ni la otra: esta carta es, nada ménos, que de D. Luis Perez.

AGUSTIN. ¿Cómo, ota vez?

D. BLAS. Otra vez; sí, señor.

CLARA. Yo creí que con mis dos negativas anteriores ya se habria convencido; pero por lo visto, ese hombre...

D. BLAS. Poco á poco. Ahora no es á tí á quien se dirige, sino á tu hermana.

AMELIA. ¿A mí?

CLARA. ¡Qué audacia!

D. BLAS. Y esta ya es la segunda vez en que con frases muy sentidas me pide la mano de Amelia.

AGUSTIN. ¡Calabazaz en él!... Y ci uztedez no ce ateben á adoztad de fente el peligo, yo zoy muy capaz...

D. BLAS. Ya veremos lo que debe hacerse; por de pronto vamos á ver lo que contiene este paquete.

AMELIA. Ay, sí, sí, papá; veámoslo.

D. BLAS. ¡Parece un retrato! (Desenvolviéndolo.)

AGUSTIN. ¡Un dedato!

AMELIA. El de Clara.

D. BLAS. ¡Y muy parecido!

AGUSTIN. Veamoz, futuda, ¿que quiede decid ezto?

CLARA. No sé... á ménos que... ¡Ah! Ya caigo.

AGUSTIN. Milaguillo cedá.

CLARA. Este es, sin duda, regalo de un jóven artista á quien conocí en Madrid en casa de la tia, el cual

me ofreció hacer de memoria mi retrato, y remitírmelo aquí.

D. BLAS. ¿Y cómo se llama?

CLARA. Lo ignoro; no le ví mas que una vez.

AGUSTIN. ¿Y le padece á uzted poco? Un detato de memodia y teniendo por baze una zola entevizta... buena memodia tendá el zugeto.

D. BLAS. Yo le diré á usted... si se fijó mucho...

AGUSTIN. Ezo ez lo que yo me temo.

AMELIA. ¡Está divinamente hecho!

CLARA. Me bastó verle para adivinar su talento.

AGUSTIN. ¡Talento, talento! puez zi viedan uztedez loz dibujos que yo hago pada laz cajaz de cedillaz...

D. BLAS. Vaya, yo me voy tras de mis liebres, que bastante rato me he detenido. ¿Viene usted, Agustin?

CLARA. Sí: acompañará un rato á usted, y nosotras, entretanto, nos ocuparemos del contenido de esa carta.

AGUSTIN. ¡Qué maneda de dezpedizme!

D. BLAS. Sea enhorabuena. Hasta luego, hijitas.

AMELIA. Hasta luego.

CLARA. Adios, papá.

AGUSCIN. Me voy, maz yo volvedé. (Vánse.)

ESCENA IV.

CLARA y AMELIA.

AMELIA. Con qué imperio te habla.

CLARA. Y qué quieres, tiene derecho á entablarme un pleito si no correspondo á su cariño...

AMELIA. Eso es pedir la bolsa ó el matrimonio, y yo, en tu lugar, no lo sufriria.

CLARA. Yo sí: ¡tiene en sus manos mi porvenir!

AMELIA. En fin, tú te entenderás.

CLARA. Hablando de otra cosa: ¿qué te ha parecido mi retrato?

AMELIA. Una obra de arte.

CLARA. Estoy orgullosa por haberle inspirado la idea.

AMELIA. De modo, que fuistes tú...

CLARA. Hay que animar al talento.

AMELIA. Tienes razon, y además son tan simpáticos todos los artistas... yo tambien conocí hace poco uno que...

CLARA. ¿Pintor?...

AMELIA. No, músico: le ví en Alcalá en casa de nuestra prima; cantaba conmigo al piano y me compuso dos canciones preciosas.

CLARA. ¡Y cómo se impresiona el alma con esas muestras de deferencia! ¡Cuánto más alcanza un hombre de esa manera, que recurriendo á los medios vulgares!... Ese Perez, por ejemplo, ¿no te parece ridículo con su empeño en asediarnos, primero á mí y luego á tí?

AMELIA. No conociéndole, no podemos juzgarle.

CLARA. Pues yo, no solamente le juzgué, sino que le condené, y creo que tú, por tu parte, debes tambien desahuciarle. Yo te dictaré la respuesta.

AMELIA. No tengo por él ningun interés, y siempre que la contestacion no encierre nada que pueda ofenderle...

CLARA. Es un necio, un petulante. Dos veces se permitió alzar hasta mí sus miradas, y con el solo objeto de desesperanzarle por completo, me uní á mi difunto esposo, por más que no me era del todo simpático.

AMELIA. Respetemos sus cenizas.

CLARA. Cinco meses despues era viuda, y cuando ménos lo esperaba volvió el señor Perez á insistir en sus pretensiones. Su audacia me indignó, y en una lacónica, pero expresiva carta, le dí á entender todo lo antipático que me era; y ya no pensaba volver á saber de él, cuando ahora salimos conque dirige hácia tí sus atrevidas miradas.

AMELIA. ¡Pobre hombre! Quién sabe si habrá sido injusto tu proceder.

CLARA. No lo creas; ¿habia yo de conformarme á ser la señora de Perez?

AMELIA. Un Perez puede ser tan honrado como otro cualquiera.

CLARA. Cuando sabe añadir á su apellido una renta conveniente, no te digo que no; pero cuando comete la torpeza de unir á un apellido vulgar una carencia absoluta de recursos, tal atrevimiento es imperdonable.

ESCENA V.

Dichas y AGUSTIN.

AGUSTIN. Ya eztoy de vuelta; he dejado á papá suego á la zalida del pueblo, y aquí me tienen uztedez á zu dizpozicion.

AMELIA. Me fastidia este hombre.

AGUSTIN. No me ezpedaban tan ponto pod lo vizto ¿eh?

CLARA. No, ciertamente; y si tiene Vd. que hacer, lo que es por nosotras...

AGUSTIN. Aunque le tuvieda, zabia zaquificadme.

AMELIA. Pues yo, con el permiso de Vd...

AGUSTIN. Cómo, ¿ze madcha uztez, Amelia?

AMELIA. Deseo consultar unos figurines, y...

AGUSTIN. Puez, con fanqueza, ente cuñadoz no debe habed cumplidoz. (Váse Amelia.)

ESCENA VI.

CLARA y AGUSTIN.

CLARA. No hay más remedio que sufrir sus impertinencias: es rico...

AGUSTIN. Ya que eztamoz zoloz, vamoz á hablad un poco de nozotoz.

CLARA. Usted dirá.

AGUSTIN. A mí ze me debe un matimonio, zi zeñoda, ze me debe, y yo no zoy hombe que pedone tan fácilmente una deuda: pod lo tanto, ya va ciendo hoda de que fijemoz el dia de nuezto enlace, pues, de no vedificadze, uzted mizma podá compended laz dificultadez que zudgidian dezpecto á la hedencia de mi pimo.

CLARA. ¿Es una amenaza?

AGUSTIN. Un avizo zolamente, zeñoda.

CLARA. Yo no rechazo sus pretensiones de Vd., tolero que divulgue nuestro enlace, y creo que esto debia bastarle.

AGUSTIN. Antez, zi, máz eze detatillo me ha hecho deflexionad...

CLARA. Parece mentira...

AGUSTIN. ¿Que yo deflezione? Pues ya hace tiempo que adquidí eza coztumbe.

D. BLAS. (Dentro.) ¡Despacio, por Dios, despacio!

CLARA. ¡Como, la voz de papá!

AGUSTIN. ¡Zi ez eztaño!

ESCENA VII.

Dichos y D. BLAS, apoyándose en LUIS.

CLARA. ¡Cielos él!

AGUSTIN. ¿Viene uzted hedido?

D. BLAS. No... digo sí... es decir, no lo sé.

CLARA. ¡Papá! (Corriéndo hácia él.)

LUIS. ¡Señora!.. (Saludando.) Afortunadamente creo que no será nada de cuidado.

CLARA. ¿Que te ha sucedido?

D. BLAS. ¡Una liebre!.. (Sentándose.)

AGUSTIN. ¿Le ha moddido á uzted?

D. BLAS. La vi, quise seguirla, se me enrredaron los piés al saltar una zanja...

AGUSTIN. ¿Y cayó uztez?

D. BLAS. De cabeza. Este jóven pasaba por allí casualmente, y ayudándome á levantar, me obligó á montar en su caballo, trayéndonos hasta aquí por la brida.

CLARA. No sé caballero, cómo expresar á usted mi reconocimiento.

AGUSTIN. ¿Poz habedle taido de la vida?

D. BLAS. ¡Ay mis rodillas!.. ¡ay mi costado!..

CLARA. Es preciso ir á buscar al médico.

LUIS. No hace falta, señora.

D. BLAS. Este caballero ejerce esa ciencia, y vá á hacerme la primera cura.

CLARA. ¿Cómo, usted es médico?

LUIS. Poseo algunos conocimientos, y nada más.

CLARA. ¿De modo que pintor y médico?

AGVSTIN. ¡Pintod!

D. BLAS. ¿Y cómo sabes tú?..

CLARA. El señor es la persona de quien he hablado antes: el autor de mi retrato.

AGUSTIN. Valiente mamadacho.

LUIS. Mil gracias, señor mio.

AGUSTIN. ¡Y me da las gacias!

ESCENA VIII.

Dichos y AMELIA.

AMÉLIA. ¿Será cierto lo que me han dicho, papá? ¡Ah! (Viendo á Luis.)

LUIS. Señorita... No hay que alarmarse: un poco de reposo, y nada más.

D. BLAS. Efectivamente, parece que me siento mejor.

LUIS. Apóyese usted en mí, y le conduciré hasta su habitacion, en tanto se dispone el baño que he

mandado preparar. (Van poco á poco hácia la habitacion de D. Blas.)

CLARA. Pero, Agustin, ayude usted á este caballero.

AGUSTIN. Voy Cladita, voy. (Hace que D. Blas se apoye en el brazo derecho.)

AMELIA. Es singular; no me ha reconocido.

CLARA. ¿Conoces á ese médico?

AMELIA. ¿Médico?

CLARA. Y pintor.

AMELIA. ¿Pintor?... Le conozco sí, pero como músico.

CLARA. ¿Es acaso?...

AMELIA. El de Alcalá.

CLARA. No vuelvo de mi asombro.

LUIS. Tan luego como esté dispuesto, hágame usted avisar.

D. BLAS. Así lo haré, abusando de su amabilidad.

LUIS. Tengo en ello un deber, que cumpliré con satisfaccion.

AGUSTIN. Aduladod. (Entran en el cuarto D. Blas y Agustin.)

ESCENA IX

CLARA, AMELIA y LUIS.

LUIS. Parece que ese caballero me mira de un modo...

CLARA. La sorpresa, sin duda... de la cual todos participamos... Mi hermana acaba de decirme...

LUIS. ¿Esta señorita es acaso?...

AMELIA. Mala memoria tiene usted, ó pocos recuerdos agradables se llevó de Alcalá mi profesor de canto.

LUIS. Es cierto, señorita... Usted dispense... Ahora recuerdo... Tenia usted una preciosa voz.

AMELIA. Pronto olvida usted á sus discípulos.

LUIS Nada de eso, los tengo tan presentes como á mis modelos. Hay fisonomías que no se borran nunca de nuestra imaginacion, y cuando en pos

de una larga ausencia volvemos á verlas, parece que no se han separado nunca de nosotros. (Mirando á Clara.)

AMELIA. (Me contesta á mí, y sin embargo se dirije á mi hermana.)

LUIS. Pero como la vida de artista está sembrada de tantos sinsabores...

AMELIA. ¿Sinsabores?

CLARA. ¿Y usted los ha padecido?

LUIS. En alto grado... Mas sentado al piano, ó en frente de mi caballete, no les temo, soy feliz; pido á mis pinceles una cara encantadora que he visto entre sueños, y una sonrisa suya endulza mis pesares. Otras veces, al estampar sobre el papel una tierna melodía, suelo decirme satisfecho. ¡Acaso haya quien al cantarla lance un suspiro cariñoso, y esta sola idea recompensa mis fatigas. (Mirando á Amelia.)

AMELIA. (Pues ahora contesta á mi hermana y me mira á mí.)

LUIS. Mil veces, con el corazon lleno de recuerdos y de esperanzas, salgo al campo vagando sin direccion, sin objeto, sin proyecto alguno; fijo mi vista en el horizonte, y atraido por las dulces tintas que el crepúsculo dibuja en lontananza, avanzo y avanzo sin saber lo que quiero, sin comprender lo que busco, sin darme cuenta de á dónde me encamino.

CLARA. Pero eso...

LUIS. ¿Que otra cosa ha de hacer un desgraciado, que no tiene parientes ni amigos? Correr en pos de esa felicidad que existe, y que sin embargo no encuentra. (Agustin ha ido bajando poco á poco, sin ser visto, y se coloca en medio.)

ESCENA X.

Dichos y AGUSTIN.

AGUSTIN. ¡Clado!

CLARA. / AMELIA. ¡Ah! (Asustadas.)

AGUSTIN. ¿A quien ze le ocude buzcad ezaz cozaz en la povincia de Guadalajada?

LUIS. ¡Vaya un ente raro!

AGUSTIN. ¿Decia uzted caballedo?

CLARA. Nos ha asustado usted.

AGUSTIN. Es clado, eztando en tan amable compañía...

LUIS. ¿Eh?... (Yendo hácia él.)

AGUSTIN. Caballedo, lo ho dicho de buena fe.

AMELIA. ¿Y á qué ha venido usted?

AGUSTIN. Don Blaz me ha dado el encadgo de venid á avizad á uztedez.

CLARA. ¿Se ha puesto peor?

AGUSTIN. Al contadio, ya ezta bien: pod lo que zediamoz egoiztaz diztayendo al zeñod pod maz tiempo de zuz ocupacionez... Ya he mandado encillad zu caballo, que ez un ezcelente animal.

LUIS. Los hay mejores. (Mirándole.)

AGUSTIN. Aduladod.

CLARA. ¿Y va Vd. á dejarnos?

LUIS. ¡Señora!

AMELIA. Si tanta prisa tiene...

LUIS. Señorita, yo no abandono nunca á mis enfermos hasta verlos completamente restablecidos.

AGUSTIN. Puez lo que ez don Blaz, ya ezta bien; completamente bien.

LUIS. Siendo así...

AGUSTIN. ¿Se madcha uzted?

LUIS. Me quedo. He sido invitado á comer por don Blas, y yo no rechazo nunca una fineza.

CLARA. Pues vamos, con su permiso, á ver que es lo que desea papá.

LUIS. Están ustedes en su casa...

AGUSTIN. Vaya una noticia.

AMELIA. Ahí le dejamos á Vd. solo.

AGUSTIN. Yo le hadé compañía.

CLARA. Procure Vd. no aburrirse.

AGUSTIN. He dicho que me quedo yo.

AMELIA. Pues... por eso. Hasta luego.

ESCENA XI.

LUIS y AGUSTIN.

AGUSTIN. ¿Cómo que pod ezo?

LUIS. Son hechiceras. (Coge un libro y se sienta.)

AGUSTIN. ¡Y coge un libo!... ¡Y ze zienta!... ¡Y ze pone á leed!... Me guzta la fanqueza... Ez necezadio pobocad una ezplicacion y zaber de una vez sus intenciones. Caballedo...

LUIS. ¿Decia usted algo?

AGUSTIN. Decia... que... vamoz...

LUIS. Con el permiso de Vd. (Vuelve á leer.)

AGUSTIN. ¡Zeñod mio!

LUIS. ¿Otra vez?

AGUSTIN. Me pedmite uzted que le didija... una peganta, doz peguntas... vadiaz peguntaz.

LUIS. Segun sean ellas.

AGUSTIN. Yo zoy muy cudiozo.

LUIS. Mala condicion.

AGUSTIN. ¿Hace mucho tiempo que eztá uzted en la povincia?

LUIS. ¡No!

AGUSTIN. ¿Y pienza uzted fijad en ella zu recidencia?

LUIS. Quién sabe.

AGUSTIN. Uzted no debe zed lo que padece.

LUIS. Es posible.

AGUSTIN. ¿Ez decid, que oculta uzted zu nombe?
LUIS. Pudiera ser.
AGUSTIN. Y pada obad azí, tendá uzted dazones...
LUIS. Debe haber alguna.
AGUSTIN. Puez pedmítame uzted que le diga que eza conducta... en ezta caza hay doz muchachaz...
LUIS. Y muy hermosas, por cierto.
AGUSTIN. Puede zuponedze que uzted...
LUIS. Que se suponga.
AGUSTIN. Pienza cazarze...
LUIS. ¿Y por qué no?
AGUSTIN. ¡Pues yo no quiedo!
LUIS. ¿Cómo? (Yendo hácia él.)
AGUSTIN. Decia que yo no quiedo dejad en zilencio ciedtaz cozaz. Yo me llamo Aguztin Cienfuegoz; zoy fabicante de zedillaz, popietadio, y futudo ezpozo de una de ezaz zeñodaz, de la mayod... de la viuda...
LUIS. Ya lo sé.
AGUSTIN. Puez entoncez, debe uzted zabed tambien, que tengo un génio...
LUIS. ¿Uno solo?
AGUSTIN. Y zi un dival afodtunado tataze de adevatadme la ventuda...
LUIS. ¿Qué?
AGUSTIN. No me conzoladia tan fácilmente.
LUIS. Me es igual.
AGUSTIN. A mí, no. (Derribando una silla.)

ESCENA XII.

Dichos, y CLARA.

CLARA. ¿Qué es esto?
AGUSTIN. A buen tiempo llega uzte, podque ya me iba yo impacientando.
LUIS. ¡Oh! ¡Y cuándo el señor se impacienta!...

AGUSTIN. Queo que ce budla.

CLARA. Pero, ¿qué ha sido ello?

LUIS. Nada, señora, que merezca la pena.

AGUSTIN. Yo le didé á uzted... El zeñod padece que ha taido aquí un objeto... y yo le decia que ci pienza detatad á los hijoz del país, zon todoz muy feoz.

LUIS. ¿Y usted ha nacido en esta provincia?

AGUSTIN. Zeñod mio, bazta de pullitaz; zi uzted ez médico, aquí no hay enfedmos; y ci ce pecenta como múcico, puede madchadce con zu múcica á ota padte.

CLARA. ¡Agustin!

AGUSTIN. ¡Clada! ¡Clada! Uzted le defiende, y ce ezplica: ¡cómo el zeñod la galantea, como el zeñod la ama!...

CLARA. ¿Está usted loco?

LUIS. Ya que usted ha revelado á esta señora mi secreto, no tengo nada que añadir.

AGUSTIN. ¡Animal de mí!

LUIS. Estamos conformes.

AGUSTIN. Ezto ya ez demaciado; váyace uzted, váyace uzted, ó cinó...

LUIS. ¿Qué?

AGUSTIN. Me idé yó y habdá pleito.

LUIS. Lo perderia usted.

AGUSTIN. ¿Y uzted qué zabe?

LUIS. Don Blas me ha contado el caso por el camino y como abogado, puedo emitir mi opinion.

CLARA. ¿Tambien abogado?

AGUSTIN. Ezte hombe ez un cajon de zazte.

LUIS. Confieso á usted que no me pesaria ser el defensor de esta señora.

AGUSTIN. Clado, pada cobad loz honodadios.

LUIS. Ciertamente: sólo que yo acostumbro á cobrarlos de la parte contraria. (Dándole en el hombro.)

AGUSTIN. A mí no me toque uzté.

LUIS. Si esta señora quiere, yo le ofrezco mis consejos.

AGUSTIN. No lo hacen falta.

CLARA. ¿Y por qué no? Tomar consejos nunca es malo, y si el señor con su claro criterio me ilumina...

AGUSTIN. Aquí nadie puede iluminad maz que yó, pozque en mi calidad de fabicante de cedillaz, no admito máz lucez que las de mi fábica.

LUIS. Y dice muy bien este caballero; al cabo es fosforero...

AGUSTIN. ¡Fabicante!

CLARA. Es lo mismo.

AGUSTIN. ¡Abud!

LUIS. ¡Pero oiga usted!

AGUSTIN. Habá pleito, cí ceñod, habá pleito, y ya vedemoz quién paga el pato. Hé dicho, y que uztedez ce divied tan.

CLARA. Pero, Agustin.

AGUSTIN. Que uztedez ce diviedtan. Abud. (Váse.)

ESCENA XIII.

CARA y LUIS.

LUIS. ¡Ja! ¡ja! Tiene gracia ese tipo.

CLARA. No extraño su aturdimiento, porque yo misma... músico... pintor... y abogado.

LUIS. Soy licenciado en derecho, y puedo dar á usted algun consejo, en el caso de que desee romper ese matrimonio.

CLARA. Crea Vd. que si le acepté, fué por puro compromiso. No tengo ningun empeño.

LUIS. Ya, pero él... No se renuncia tan fácilmente á la felicidad; y si yo me hallara en su puesto, crea Vd. que no sucumbiria sin luchar. Es tan triste perder la esperanza.

CLARA. ¿Acaso Vd...?

LUIS. ¡Ah! Yo nunca he sido afortunado en amores, y estoy seguro que dejaré esta vida sin haber encontrado un corazon que comprenda el mio, sin que una palabra, ó una mirada me hayan dicho, espera.

CLARA. ¿Acaso cree Vd. que pueden darse esperanzas?...

LUIS. Al que no las pide, ¿no es eso? ¿Si Vd. supiese cuánto humilla un desprecio?

CLARA. El que le teme, peca de modesto.

LUIS. Ó de orgulloso el que le provoca. Yo, por ejemplo, no puedo aspirar á nada; mi nacimiento es oscuro, sin fortuna. Mucha seria mi audacia si creyera encontrar aquí el sér destinado á labrar mi felicidad.

CLARA. Mi padre ya le aprecia á Vd. mucho...

LUIS. No puedo negarlo.

CLARA. Y todos los demás nos esforzamos por hacerle grata su estancia en este pueblo, y...

LUIS. Señora, Vd. me anima, y yo...

AGUSTIN. (Dentro.) Venga uzté, venga uzté.

CLARA. ¡Viene gente!

LUIS. Ese necio otra vez. Es necesario quo yo hable á usted... Dentro de un cuato de hora aquí...

CLARA. Pero, caballero...

LUIS. Es un favor que espero no me negará Vd.

CLARA. Yo...

ESCENA XIV.

Dichos, AGUSTIN, D. BLAS y AMELIA.

D. BLAS. Pero hombre, déjeme Vd.

AGUSTIN. ¿Loz ve uzté juntitoz?

CLARA. ¿Qué sucede?

AGUSTIN. Zucede que yo...

LUIS. ¿Entabla Vd. demanda?

AGUSTIN. Cállece uzté; yo habia peddido mi libedtad por uzté..

CLARA. Bien fácil le es recobrarla.

AGUSTIN. Oye uzté ezto, D. Blaz.

D. BLAS. Váyase Vd. al infierno... Hoy parece que todos se han avisado para hacerme rabiar. Hasta Amelia...

AMELIA. ¿Yo, papá?

D. BLAS. Tú, sí, tú; ¿te parece bien que despues de haber escrito la carta te opongas ahora á que se remita á su destino?

CLARA. ¿Qué carta es esa?

D. BLAS. La contestacion dando pasaporte á ese Perez de los demonios.

CLARA. ¡Ah! ¿le ha escrito Vd. ya?

AMELIA. Sí; pero una carta dura, muy ágria: yo... francamente... temo afligir á ese pobre jóven.

AGUSTIN. Mal hecho; á eza clace de pedsonaz debe tatádzeloz de mala maneda.

CLARA. Esa es tambien mi opinion.

AMELIA. Pues bien, á mí me da lástima.

CLARA. ¿Entonces serias capaz de casarte con él por lástima?

LUIS. Esta señora dice bien; si no le es á Vd. simpático, si no ha sabido interesar ese corazon...

AGUSTIN. ¡Intuzo!

AMELIA. No le conozco, y por tanto no puedo saber... pero desairarle... causarle tal vez un pesar...

AGUSTIN. El ce lo buzca, que no cea teztadudo.

CLARA. Un hombre que nos persigue.

AGUSTIN. Que quiede entad en una caza conta la voluntad de zu dueño. (Mirando á Luis.)

LUIS. Si eso es cierto...

CLARA. Un soldadote grosero.

AGUSTIN. ¡Zin talento!

CLARA. Sin nombre...

D. BLAS. Vamos, pronto, ¿qué decides?

AMELIA, Yo creo que debo estarle agradecida al haberse fijado en mí.

CLARA. ¿Y sabes acaso si es á tí á quien ama, ó á tu dote?

AGUSTIN. Al dinedo, zi ce está viendo... cedá un intigante... un quidan.

LUIS. ¡Poco á poco!

AGUSTIN. ¡Eh!

LUIS. Eso no; Perez es honrado y pundonoroso.

AGUSTIN. ¿Qué le ha dado á ezte?

CLARA. ¿Segun eso, Vd. le conoce?

LUIS. Servíamos en el mismo regimiento.

D. BLAS. ¿Luego ha sido Vd. militar?

TODOS. ¡Militar!

AGUSTIN. Ezto no ez hombre, ezto es una enciclopedia.

LUIS. Perez es incapaz de querer sorprender la buena fé de un anciano ni de burlarse de una jóven digna de respeto y consideracion.

AMELIA. Bien lo decia yo.

LUIS. Esa seria una vileza... una accion indigna de un caballero, y Perez es un hombre honrado. (Calmándose.) Dispensen ustedes si no he podido dominarme, pero es un compañero, un hermano de armas; y él en mi caso hubiera hecho lo mismo; me he mezclado en un asunto de familia y arrepentido de mi imprudencia; vuelvo á suplicarles me dispensen dejándoles en completa libertad para tratar de él; sólo me atreveré á rogarles sean algo más indulgentes con mi pobre eamarada. (Vase.)

ESCENA XV.

Dichos, ménos LUIS.

D. BLAS. Me ha dejado hecho una estátua.

AGUSTIN. Que hombre, en todo ha de metedze.

D. BLAS. ¿Pero qué es ese hombre?

AGUSTIN. Diga uzted mejod que deja dezed.
D. BLAS. ¡Médico!
CLARA. ¡Pintor!
AMELIA. ¡Músico!
AGUSTIN. ¡Abogado!
D. BLAS. ¡Y militar!
AGUSTIN. Zi padece un logogifo.
CLARA. Y ese misterio que le rodea excita de un modo la curiosidad... interesa tanto.
AGUSTIN. ¡Puez á mí maldito! Y vaya uzted á zabed ci dedpuez de todo no cedá algun caballedo de induztia.
AMELIA. Imposible, un jóven tan simpático... tan amable.
CLARA. Qué cosas dice este Agustin.
D. BLAS. Procede usted con poca nobleza.
AGUSTIN. Zi yo...
AMELIA. Calumniarle de ese modo...
CLARA. Hacer suposiciones ofensivas.
D. BLAS. Decir tales majaderías.
AGUSTIN. ¡Ea, bueno; puez cerá un zanto!

ESCENA XVI.

Dichos y D. ANDRÉS.

D. ANDRES. Aquí estoy de vuelta.
AGUSTIN. ¡Queí que eda el óto!
D. BLAS. Pronto has vuelto.
D. ANDRÉS. Y viaje inútil.
CLARA. ¿Pues cómo?
D. ANDRÉS. Me han mandado llamar para un asunto que no era de la competencia militar y sí de la civil.
AGUSTIN. ¿Puez qué ha ocudido D. Andés?
D. ANDRÉS. Un oficio del gobernador de Madrid mandando vigilar y aprehender á un aventurero, que, segun parece, ha penetrado ya en la provincia con objeto de estafar á sus habitantes.

AGUSTIN. Ya ze quién ez.
AMELIA. ¿De veras?
AGUSTIN. ¡Nuezto dezconocido! Que ni ez pintod, ni múcico, ni abogado, ni militad, ni medico, cinó un caballedo de mal vivid.
CLARA. ¡Cielos!
AMELIA. ¿Qué dice usted?
AGUSTIN. Nada, ya vedemoz zi tengo ó no dazon.
D. ANDRÉS. ¿Y dónde está?
AGUSTIN. ¡Aquí!
D. ANDRÉS. ¿En casa?
AGUSTIN. ¡Zi zeñod!
D. ANDRÉS. ¡Ah! ¡Pues si yo le cojo!...
D. BLAS. Ahí viene.
D. ANDRÉS Pues ahora veremos.
AGUSTIN. ¡Pedmita Dioz que lo acogote!

ESCENA XVII.

Dichos y LUIS.

D. ANDRÉS. ¿Qué veo?
LUIS. ¡Comandante!
D. ANDRÉS. ¡Capitan!
AGUSTIN. ¡De ladonez! ¡De ladonez!
LUIS. ¿Usted por aquí? (Se abrazan.)
AMELIA. ¡Vé Vd., hombre?
CLARA. ¡Es Vd. un necio!
D. BLAS. ¡Es Vd. un botarate!
AGUSTIN. ¡Hombe, qué zuedte tengo!
LUIS. ¡Qué feliz casualidad!...
D. ANDRÉS. ¿Y su esposa de Vd.?
TODOS. ¡Es casado!
D. ANDRÉS. Pero, ¿cómo le hallo á Vd. en casa de mi hermano?
LUIS. ¿Cómo, D. Blas es...?
D. ANDRÉS. ¡Mi hermano!
LUIS. Celebro infinito...

D. BLAS. Sabe que gracias, al Señor, me has vuelto á ver.

D. ANDRÉS. ¿Pues qué ha ocurrido?

D. BLAS. Ven conmigo al despacho, y mientras te enseño una carta que he recibido de Santander, te contaré el suceso.

D, ANDRÉS. Con el permiso de Vd., capitan.

LUIS. Está Vd. dispensado.

ESCENA XVIII.

Dichos, menos D. ANDRES y D. BLAS.

LUIS. Y nosotros, si esta señora no se opone, hablaremos con respecto al pleito que, segun parece, piensa entablar este caballero.

AGUSTIN. Puez eztá uzted equivocado, pod que ezta ez precizamente la hoda en que ezta ceñoda ce pone á boddad unoz tidantes que pienza degaladme el el dia de nuezta boda y mientaz yo, le leo loz pediódicoz de Madid.

CLARA. Hoy no tengo ganas de bordar y queda usted en completa libertad.

AGUSTIN. ¿Cómo, ze va uzted?

CLARA. Sí; á mi cuarto. (Vase.)

LUIS. ¿Quiere usted enseñarme esos tirantes? (A Agustin.)

AGUSTIN. ¡Vayaze uzted al infiedno! (Vase.)

ESCENA XIX.

LUIS y AMELIA.

LUIS. ¿Y usted, señorita, tambien me deja?

AMELIA. Voy, con permiso de usted, á poner el sobre á esta carta para remitirla á su destino.

LUIS. ¿Se decide usted, por lo visto?

AMELIA. Sólo por complacer á Clara.

LUIS. ¡Ah! señorita, es su hermana de usted y la res-

peto, pero he oido hace poco, cómo trataba á ese señor de Perez.

AMELIA. En cambio usted le ha defendido con un calor, que ya me habia inclinado á su favor sin conocerle.

LUIS. No le conoce usted, y sin embargo va usted á destruir sus ensueños, arrebatándole quizá la ultima esperanza.

AMELIA. No creo que su pasion...

LUIS. Está usted equivocada, señorita, y juzgo por mí al hablar de esta manera.

AMELIA. ¿Cómo, acaso?..

LUIS. Él, como yo, debe comprender el valor de esa mano que ambiciona y que usted va á negarle tan despiadadamente. Si yo...

AMELIA. Usted es casado.

LUIS. No lo niego... pero hablaba por él.

AMELIA. Acaso en otro tiempo lo hubiera reflexionado más... Hoy, Dios sabe, que todo me es indiferente.

LUIS. ¿Hoy, ha dicho usted?... ¿Qué significa?

AMELIA. Significa... que no quiero casarme, ni ahora ni nunca.

LUIS. Larga es la fecha... Pero despues de todo, si no ama usted á nadie...

AMELIA. Yo...

LUIS. ¿Y si ese Perez amase á usted?

AMELIA. ¡Imposible!

LUIS. ¿Tambien le es á usted antipático?

AMELIA. No, por cierto; antes, al contrario, le he compadecido, y hasta he afeado á mi hermana su conducta al tratarle con tanta dureza.

LUIS. ¿De veras?

AMELIA. Yo, en su lugar, le hubiera dicho: «Venga usted, se le verá, se le juzgará, y veremos...» Para sentenciar á un reo, es preciso oirle.

LUIS. ¿Va usted á mandar la carta?

AMELIA. Sí, señor.
LUIS. ¿Y si yo le suplicase á usted que no lo hiciera?
AMELIA. ¿Por qué razon? Acaso, ¿pretende usted casar á los demás, sin otro motivo que el de ser usted casado?
LUIS. ¿Lo siente usted acaso?
AMELIA. Yo... si es usted feliz, ¿por qué he de sentirlo?
LUIS. ¡Amelia!
AMELIA. Voy á poner el sobre.
LUIS. Entre usted en esa habitacion.
AMELIA. Pero. .
LUIS. Yo se lo ruego, y acaso más tarde comprenda el motivo.
AMELIA. Deseo complacer á usted. (Entra.)
LUIS. ¡Gracias! (Cerrando la puerta.)

ESCENA XX.

LUIS, en seguida CLARA.

LUIS. (Viendo á Clara.) ¡Ah! ella... Ya sabia yo que vendria.
CLARA. ¿Ha venido por aquí mi tio?
LUIS. Señora, no le he visto.
CLARA. Entonces, dispense usted si me retiro.
LUIS. Yo pensé que venia usted en mi busca.
CLARA. Creo que nada tengamos que hablar.
LUIS. Pero, señora...
CLARA. Me están esperando.
LUIS. Veo que ha causado en usted mal efecto la noticia de mi casamiento.
CLARA. Sorpresa y nada más: usted no ha procurado evitárnosla.
LUIS. Confiese usted que ha sido una sorpresa desagradable.
CLARA. Acaso tenga usted razon.
LUIS. Y, sin embargo, cuán fácilmente podria desvanecerla.

CLARA. ¿Cómo?
LUIS. Diciéndole que no soy casado.
CLARA. ¡Ah!... yo... explíquese usted y sepamos...
LUIS. Es una historia muy larga, y á usted la están esperando.
CLARA. No... no corre prisa... yo he venido aquí...
LUIS. ¿Por mí?
CLARA. Yo no he dicho...
LUIS. Pero yo lo he adivinado. Antes dije á usted que me hallaba solo en el mundo, y que era desgraciado; pues bien, ahora debe usted saber los motivos de mi aislamiento y de mi desgracia. Yo amé á una mujer á quien apenas conocia, era hermosa, pero fátua, y sin verme, siquiera, rechazó mi cariño... Sus desprecios irritaron mi amor propio y juré que llegaría á amarme... Lo juré, señora, y yo soy muy testarudo. Dejé la medicina y me dediqué á la abogacía. Mientras en esta noble carrera trataba de conquistarme un nombre que lisonjeara su orgullo, supe que se habia unido á un nécio, porque su apellido sonaba mejor que el mio y en su gaveta encerraba algunos centenares de onzas. Juzgue usted mi despecho: mi desesperacion, porque yo la amaba como un insensato.
CLARA. Ciertamente que su conducta...
LUIS. Ya hablaremos de eso. Desesperado abandoné el foro, y, buscando el bullicio, el estrépito, la la muerte acaso, entré en el servicio, donde, á cambio de mi sangre, alcancé esta condecoracion. (Señala una cinta de la cruz de San Fernando.) y con ella un título de nobleza que vale tanto como otro cualquiera.
CLARA. ¡Vale más!
LUIS. Tenia una carrera, un título y una posicion cuando supe que aquella ingrata habia enviudado.

CLARA. ¿Enviudado? (Comprendiendo.)

LUIS. Ya he dicho á Vd. que soy testarudo; hice hablar de mí á aquella mujer, á la cual siempre habia amado de léjos. Hubo quien, animado del mejor deseo, alentó mis esperanzas. Ébrio de felicidad, abandoné el servicio; anuncié á mis amigos mi próximo casamiento; de ahí nace el error del comandante, y corrí á poner á sus piés los bienes que de mi padre habia heredado y los honores conquistados con mi espada.

CLARA. ¡Dios mio!

LUIS. Pero ella, más testaruda que yo, me cerró las puertas de su casa y... Vd. lo sabe bien, señora; me escribió una carta que cubrió de vergüenza mis mejillas... la conservo... héla aquí.

CLARA. ¡Ah! caballero...

LUIS. Hubiera muerto de desesperacion si las artes no hubiesen venido á consolarme. A ellas, y sólo á ellas, debo la única esperanza que en este mundo he disfrutado.

CLARA. Es inexorable.

LUIS. Más tarde conocí á su hermana: yo la amé, creí ser amado por ella y pedí su mano, pero, inflexible mi enemigo, dictó la respuesta; era una guer ra sin cuartel.

CLARA. Bien se está Vd. vengando.

LUIS. No hable Vd. de venganza, señora, porque, de serlo, debiera haber empleado todos los medios para hacerme amar de Vd., y despues que lo hubiera conseguido...

CLARA. ¿Acaso duda Vd.?...

LUIS. Pero me ha faltado la confianza en mí mismo: me he declarado vencido, y sólo aspiro á merecer su amistad de Vd.

CLARA. ¡Mi amistad! (Turbada.)

LUIS. Y de la cual puede Vd. darme una prueba.

CLARA. No comprendo...

LUIS. Influyendo cerca de Amelia...
CLARA. ¿Aún insiste Vd.?
LUIS. Más que nunca.
CLARA. Imposible, caballero... Yo hablaré á mi hermana... Yo le diré...
LUIS. Lo ha oido todo... ¡Está allí!

ESCENA XXI.

Dichos, AGUSTIN y D. BLAS.

AGUSTIN. Lo ven uztedez, ciempre juntoz, afortunadamente ya zabemos quién ez uzté.
LUIS. A nadie he negado mi nombre, puesto que nadie me le ha preguntado.
AGUSTIN. Cladita, el zonod ez Pedez.
LUIS. Luis Perez, servidor de ustedes.
D. BLAS. Quién habia de pensar...
LUIS. Y futuro yerno de Vd., contando con el apoyo de Clara.
AGUSTIN. ¿Y yo?
D. BLAS. ¿Cómo yerno?
LUIS. Tengo la honra de pedir á Vd. la mano de su hija Amelia.
AGUSTIN. ¡Amelia! ¿Ha dicho uzted, Amelia?
LUIS. Precisamente.
AGUSTIN. Entoncez laz galantediaz... el detato... yo... ezpliqueco uzted pod Dioz.
LUIS. Todo ha sido una broma.
AGUSTIN. ¡Ay, qué guazon ez uzted!
LUIS. Espero una contestacion.
D. BLAS. Yo... Si ella... Aquí sale.

ESCENA XXII.

Dichos y AMELIA.

LUIS. ¡Amelia!
AMELIA. Todo lo he oido... y esta es mi respuesta. (Rompe una carta.)

LUIS. ¡Oh, gracias! (Cogiendo su mano.)

AGUSTIN. ¿Y nozotroz?

CLARA. Ya hablaremos.

D. BLAS. Pues, señor, casé á mis dos hijas, y estoy satisfecho.

AGUSTIN. Puede uzte eztadlo, pod que ce llevan dos buenos mozos.

LUIS. (Al público.)

Poco, por Dios aprendí,
aunque mi afan fué estudiar,
y el tribunal veo aquí
que me debe examinar.
De saber si os agradé,
la fiera duda me asedia.
Aplaudid, y así sabré
si soy una enciclopedia.
(Cae el telon.)

FIN DE LA COMEDIA.

PUNTOS DE VENTA

MADRID.

En las librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9, y de *Durán*, Carrera de San Gerónimo.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.

Precio, 4 rs.